

Retorno a Lucítera

Su vieja máquina de escribir. Tantos sueños contruídos en ella, y aún se mantenía embaucadora y bruja.

Bella llevaba con Sonia treinta y tres años, desde que la había recibido como regalo por su duodécimo cumpleaños, aquella primera tarde en Lucítera. Ahora descansaba dentro de una vitrina en su despacho, a salvo del polvo, guardada tras unos cristales para poderla tener siempre a la vista. Había sido su compañera, y habían compartido novelas y relatos hasta que Sonia aceptó que el ordenador facilitaba las cosas. Deliberadamente demoró la decisión, pero al fin terminó por concederle una jubilación de cristal.

Bella era en realidad la abreviatura de *Bellafonte*, el nombre del fabricante. La transformación tuvo lugar cuando a los doce años Sonia decidió, la primera vez que la tocó, que su máquina sería también su amiga. Mirarla era mirar parte de su vida, muchas horas de su memoria

– ¿Qué te parece, Terri, no es bonita?

El cocker estaba sentado junto a ella, el rabo atolondrado. Desde la noche anterior venía observando movimientos de maletas y cajones que se abrían y cerraban. También había visto que su plato de comer y su cesta habían desaparecido. Sabía que algo ocurría.

–No sé... ladra, haz algo, intenta fingir al menos, como si lo que te digo te interesara un poco...

Terri aceleró aún más el vaivén del rabo.

– Nada, tú a lo tuyo, como siempre...

Sonia volvió a mirar la vitrina. Junto a la máquina estaban guardados los folios que había escrito treinta y tres veranos antes, el diario de todo lo que había ocurrido, de todo lo que había percibido y aprendido con sus ojos de doce años, de las historias fantásticas de Rufo y las conversaciones con su padre. El tiempo les había robado el color y la textura, pero las palabras se conservaban intactas.

Y hacía mucho tiempo que no leía aquellas palabras.

– Baldo, ¿ya estás listo? –preguntó, sin dejar de mirar los folios.

Su hijo contestó desde el recibidor.

– ¡Desde hace media hora!

Sonia sonrió.

– Ve poniendo la correa a Terri, yo tengo que coger sólo una cosa más.

En cuanto el cocker escuchó su nombre se puso en pie y comenzó a moverse de un lado a otro, nervioso.

– Tranquilo, Terri, que te va a dar algo. Ve con Baldo, anda, ¡ve con Baldo!

Terri volvió a sentarse frente a ella, con las orejas levantadas y los ojos muy abiertos.

– ¡Pero serás bobo! Te digo que te vayas con Baldo, ¡con Baldo!

Su hijo se asomó a la puerta del despacho.

– Mira mamá, yo no tengo muchas ganas de hacer este viaje, y tú no parece tener mucha prisa por salir. O nos movemos o me pongo a deshacer la maleta.

– ¡De eso ni hablar! Coge a Terri y ve llevando las cosas hasta el ascensor, yo sólo tardo un minuto más.

– Eso dijiste hace media hora, y el equipaje lleva ahí fuera desde entonces. A la vecina le ha dado tiempo de bajar a buscar el pan y volver a subir.

– Bueno, bueno, ya voy. Ve sacando a Terri.

El cocker volvió a escuchar su nombre y corrió

hasta la puerta. Baldo lo sujetó por el collar y se las ingenió para enganchar la correa, operación complicada puesto que no se estaba quieto.

Sonia abrió la vitrina, sacó el viejo diario y lo protegió con una funda plástica, que a su vez metió en su bolso de mano. Salió del despacho y fue hasta la puerta de entrada, que estaba abierta. Baldo y Terri ya estaban en el rellano, esperando al ascensor.

Salió del piso y cerró con llave. Terri corría de un lado para otro, fuera de sí. Metieron el equipaje en el ascensor y bajaron hasta el garaje. Cargaron todo en el maletero y subieron a Terri a la parte de atrás. Estaban a principios de junio, y habían esperado deliberadamente a dejar atrás la hora punta para encontrar menos tráfico. En veinte minutos llegaron a la autopista y pusieron rumbo al sur. Tenían seiscientos kilómetros por delante.

– ¿Cuánto vamos a tardar en llegar, mamá?

– No lo sé exactamente. Cuando fui con el abuelo salimos de madrugada y llegamos a la hora de comer, pero entonces la carretera era muy mala. No te puedo decir con seguridad. Pero hazte a la idea de que será un viaje un poco largo, tómalo con calma.

– Estupendo... –dijo Baldo, con sorna.

– Últimamente protestas por todo, ¿lo sabías?

– Normal, tengo catorce años, estoy en edad de protestar.

– Muy gracioso, pero lo digo en serio, estás hecho un quejica.

– No protestaba en serio mamá, sólo bromeaba...

Sonia sonrió y lo miró de medio lado, sin perder ojo de la autopista.

– Yo también bromeaba, hombre... Parece mentira que todavía no conozcas a tu madre.

Baldo hizo una mueca.

– Vale, me has pillado. Ya te la devolveré, no sabrás cómo ni cuándo, pero te la devolveré...

– De acuerdo, ¡acepto el reto!

Sonia estaba encantada de ver el buen humor de

Baldo. Había estado muy huraño los días antes. Saber que iba a pasar un mes lejos de su casa y de sus amigos no le había sentado bien, pero en seguida se hizo a la idea y fue mejorando su ánimo. Si las cosas seguían así podía ser un viaje muy divertido.

Baldo sacó de la mochila su reproductor MP3. Sonia protestó cuando intentó ajustarse los auriculares.

– ¡Eh, eso no vale! Tienes que darle conversación al conductor para que no le entre sueño, ¿no lo sabías?

– ¿A las diez y media de la mañana?

– Bueno, sí, claro, durante todo el trayecto...

– Ni lo sueñes, ya sé por dónde vas: empezarás a hacerme preguntas inocentes, que si qué tal este año en el colegio, que si cuál ha sido el profesor que más me ha gustado, y así... y cuando me quiera dar cuenta me estarás interrogando sobre mis amigos, sobre las chicas, sobre las asignaturas que tengo suspendidas... Ni hablar, no te lo voy a poner tan fácil.

– ¡Desconfiado! No tenía pensado preguntarte por las chicas, pero ya que has sacado el tema...

– ¡Lo ves, lo sabía! No me convences, me pongo a escuchar música, cuando esta tarde a las tres te estés durmiendo al volante te daré conversación, pero hasta entonces tendrás que entretenerme con el paisaje.

– Eres un copiloto irresponsable, ¿sabes?

– Me da igual, no puedes despedirme.

Sonia sonrió de nuevo, mirándole. Él le devolvió una mueca burlona a la vez que se ponía los auriculares muy lentamente, haciendo unos gestos exagerados con las manos para ajustarlos bien a las orejas y para accionar el mando del reproductor.

“Qué listo es, Dios mío”, pensó Sonia, “debería enfadarme con él, pero no puedo, me hace demasiada gracia.”

Sonia condujo durante dos horas más. En el asiento de atrás Terri no paraba de viajar de una ventanilla a otra. Siempre le dejaban abierta una rendija para que pudiera apoyar las patas delanteras en la puerta

y asomar el hocico. Resultaba cómico verle entrecerrar los ojos por la fuerza del aire, y ver cómo los pelos y las orejas eran sacudidos por el viento. Sonia empezaba a sentirse un poco cansada cuando vió un cartel anunciando un área de servicio, y decidió parar quince minutos para estirar las piernas y tomar un café. Ya aparcados, Baldo hizo intención de bajar su reproductor MP3, pero Sonia se negó y le dijo que al menos durante el descanso tendrían una conversación civilizada.

– ¡Qué manía! Vivimos juntos y no nos decimos nada, y ahora quieres que no paremos de hablar.

Sonia había cerrado el coche y ya empezaban a caminar hacia el bar cuando escucharon un ladrido.

– ¡Vaya, me olvidaba a Terri, pobrecito! –dijo ella volviendo a abrir el coche y dejándole bajar–. Ven aquí, bonito, ya te íbamos a dejar... –Sonia volvió a cerrar el coche y empezó a caminar de nuevo. Miró a su hijo para retomar la conversación–. En realidad también me gustaría cambiar eso, quisiera que en casa dedicásemos más tiempo a hablar el uno con el otro.

– Mamá... los adolescentes no le contamos nada a nuestras madres.

– Tú todavía no eres un adolescente.

– ¿Cómo que no? Los catorce son la adolescencia temprana, lo he leído en una revista.

– ¡Ahora, además, le ha dado por leer revistas!

– No te quejes, eso lo he aprendido de ti.

– *Touché*.

– ¿Qué?

– He dicho *touché*. Significa “tocado”, en francés.

Baldo no dijo nada, pero la miró de arriba abajo con la frente arrugada. Abrió las palmas de las manos, negando con la cabeza.

– ¿Nunca has oído esa expresión? –preguntó Sonia, divertida.

– No.

– Bueno, pues... ¡vaya!, ¿cómo te la explico? Es lo que dice una persona cuando está debatiendo con otra y

le discuten algo que no puede refutar.

– ¿Que no puede *qué*?

– Refutar, que no puede argumentar en contra.

Baldo se detuvo. Se separó un paso de ella y volvió a estudiarla con detenimiento, como si acabara de descubrir que aquella persona, en realidad, no era su madre.

– Mamá, o me hablas normal o mis traumas de adolescencia van a empezar antes de lo acostumbrado.

Sonia no pudo evitar reírse. Su hijo tenía razón.

– Vale, vamos a ver, empiezo de nuevo: supón que estás hablando con un amigo tuyo, y que tú y él no están de acuerdo. Tú darás razones para defender tu punto de vista, y él dará razones para defender el suyo, ¿no?

– Claro.

– Bueno, pues si de pronto él dice algo y tú te das cuenta de que tiene razón te quedarás sin palabras, ¿no?, te quedarás con las ganas de decir algo pero no podrás porque sabes que él tiene razón, ¿entiendes?

– Claro, mamá, no es tan difícil. No soy idiota.

– Bien, pues cuando te ocurra eso puedes decir *touché*, que quiere decir “tocado”. Es una forma elegante de perder una discusión: admites que el otro tiene razón, pero no te quedas callado.

– Así que... ¡admites que has perdido!

– Sí, en este caso sí. Pero recuerda que una batalla no gana la guerra...

– Lo que tú quieras, pero de momento tienes que admitir que ya soy un adolescente.

– De acuerdo, lo admito: mi hijo ya es un adolescente, pero *tú* tienes que entender que para una mujer es difícil admitir cualquier signo del paso del tiempo.

Su hijo, normalmente rápido en responder, silenció la broma que estaba a punto de hacer. Cambió su mirada de burla por otra más afable, mucho más formal.

– Mamá, ni que fueras una vieja...

Sonia estaba sorbiendo el café fuerte que le había

preparado la máquina.

– No, ya sé que no soy una vieja, pero desde que decidí hacer este viaje han empezado a venirme a la memoria un montón de recuerdos. Por ejemplo esto –dijo levantando el vaso de café y mirándolo fijamente.

– ¿El qué?

– El café ¿Sabías que la primera vez que probé el café fue en Lucítera?

– No, no lo sabía, pero yo pensaba que habías ido al pueblo cuando todavía eras una niña.

– Y lo pensabas bien, sólo tenía doce años. Se puede decir que era una preadolescente... –dijo, guiñándole un ojo. Baldo aceptó la broma y sonrió.

– Touché –dijo.

Trescientos kilómetros más al sur, cuatro horas después, Baldo abrió los ojos y vio un paisaje distinto. Circulaban por una carretera sinuosa, cerca de la costa pero encaramados a unas laderas muy empinadas de roca pálida, tan clara que el reflejo del sol molestaba. Sonia circulaba despacio, y su expresión era seria, pero serena. No estaba seguro, pero hubiera dicho que, en realidad, su madre sonreía.

– Traidor, al final te has dormido –dijo ella.

– Lo siento, ha sido más fuerte que yo, el calor, el almuerzo...

– De todas formas, en esta carretera del demonio no hay quien se despiste, hay que ir con mil ojos.

– ¿No me habías dicho que la habían arreglado?

– Y lo han hecho, deberías ver cómo estaba la otra vez. Pero por lo que se ve no han quitado ninguna curva, tan sólo se han limitado a mejorar el pavimento. En fin, algo es algo... Paciencia, todavía nos falta al menos una hora.

Baldo se frotó los ojos, que aún le escocían un poco por el sueño de la última hora. El cielo estaba limpio de

nubes, y el mar tenía un azul encendido.

– Tenías razón, mamá, esto es bonito... ¡pero qué calor!

– Ni te imaginas el que pasamos el abuelo y yo. Entonces no teníamos aire acondicionado.

No hubo conversación durante los siguientes cinco minutos. Baldo todavía estaba un poco adormilado, y tenía la mirada fija en el paisaje. Era espectacular. Cuando, cinco días antes, su madre le había dicho que iban a viajar a Lucítera, el pueblo donde le habían contado la historia de *Albequa*, no había comprendido el motivo. La belleza apabullante que se abría frente a él, sin embargo, explicaba parte de las razones de su madre. Probablemente hubiera otras, pero ni él las imaginaba ni ella se las había revelado.

– Mamá, ¿te puedo preguntar algo?

– Claro que sí.

– Pues... en realidad, ¿por qué hemos venido aquí?

Sonia puso gesto de extrañeza y miró un segundo a Baldo, pero enseguida devolvió la vista a la carretera.

– Eso ya lo hemos hablado, Baldo. Necesitas estudiar, y creo que es mejor ir a algún lugar donde te puedas concentrar.

Baldo no replicó inmediatamente. No le resultaba sencillo encontrar las palabras.

– Sí, pero... ¿no hay ninguna otra razón, es sólo para que no me distraiga?

Sonia no despegó los labios.

– Es que... tú casi nunca hablas de Lucítera – prosiguió él–. Sé que tienes un buen recuerdo, que fue en el pueblo donde te contaron la historia de tu primera novela, y por eso siempre me ha extrañado que no lo menciones más a menudo, o que nunca hayas vuelto, así que ahora no entiendo que vengamos precisamente aquí.

– Pues... en realidad no hay ningún misterio. Yo también me he preguntado muchas veces por qué nunca he vuelto. A lo mejor repitiendo el viaje llego a entenderlo. Lo que sí te puedo decir es que Lucítera te cambia, Baldo,

no sé explicarlo bien, pero te aseguro que uno llega siendo una persona y se marcha siendo otra. Pensé que eso, a un *adolescente temprano* –dijo, pronunciando con sorna– como eres tú, y preocupado por las cosas del colegio, le podía venir bien. En parte es que quiero que estudies, claro, pero no sólo es eso. Seré sincera contigo: quería que estuvieras alejado de tus amigos un tiempo, y también de la casa que hemos compartido con papá, poner un poco de distancia con el parque, la plaza y todo lo que conoces. Está claro que están pasando muchas cosas por tu cabeza, y pensé que un poco de lejanía te podía ayudar a pensar.

Sonia miró a su hijo. No sabía si se habría enojado al confesarle que, en parte, quería alejarle de sus amigos. Pero Baldo no parecía enfadado: la observaba, y asentía. Ella dirigió de nuevo la mirada a la carretera y continuó meditando en voz alta.

– Lo que no pensé fue que a mí me removiese tantos recuerdos.



El sol de las seis de la tarde buscaba el horizonte, y obligaba a entrecerrar los ojos. Lucitera tenía siempre una claridad excepcional. Terri estaba en la terraza del apartamento, con las patas delanteras apoyadas en el muro que soportaba la barandilla. Asomaba la cabeza entre dos barrotes, mirando la calle y el mar inmenso que se abría justo frente a ellos. Baldo salió a la terraza atravesando la puerta corredera del salón, y se apoyó en la barandilla, junto al cocker.

– Mira, Terri, una avenida larguísima para dar paseos. Esto te va a encantar. Además está lleno de amigos, mira cuántos perros.

Terri lo miró con las orejas levantadas, y luego miró de nuevo al paseo, sin parar de jadear. Soportaba mucho calor, y desde que habían entrado en el apartamento había bebido casi dos recipientes completos de agua. Se

notaba que aquello, a pesar del sofoco, le gustaba. Nada más entrar al apartamento lo había husmeado hasta el último confin, y después se había dedicado a recorrer el trayecto que había entre la habitación de Baldo y la de Sonia, excitado y sin darle descanso al rabo.

Sonia salió también a la terraza y se apoyó junto a su hijo, observando el agua azul del mar y a los paseantes que caminaban por debajo.

– ¿Esta es la misma casa donde te quedaste la otra vez?

– No, qué va. Si no mal recuerdo estos apartamentos ni siquiera existían. Nos quedamos en una casa que alquilamos al tipo más peculiar que te puedas echar a la cara. Todavía me acuerdo de él, se llamaba Jonás, y hablaba de una forma extrañísima, no había forma de que acertara con los verbos, tenía un montón de expresiones que repetía continuamente... Todo un personaje.

– ¿Y por qué no hemos ido a quedarnos allí?

– Pues... no sabría cómo localizarlo, pero además es que tampoco estoy segura de querer volver allí.

– ¿Por qué, no te gustaba la casa?

– Al contrario, me encantaba. Era luminosa y muy íntima, abierta hacia el centro y resguardada de la calle, muy acogedora... De hecho, la utilicé como modelo en uno de los primeros cuentos que escribí. Lo que ocurre es que se me haría un poco duro volver a alquilarla: no podría evitar acordarme del abuelo todo el tiempo. Uno no quiere comparar, ni andar acordándose de cosas tristes, pero aquella casa está llena de recuerdos, y hoy ya no sería lo mismo. Prefiero recordarla siempre tal como era cuando yo tenía doce años y el abuelo estaba vivo, ¿entiendes?

– Sí, claro que sí. De todas formas, ¿me llevarás un día a verla, aunque sea por fuera?

– Por supuesto. No me sentía con fuerzas para alojarme en ella, pero me haría mucha ilusión echarle un vistazo. Mañana iremos.

Baldo sonrió y asintió con la cabeza. Ninguno de

los dos dijo nada durante un momento. La sobrecogedora visión del mar atontaba sus sentidos.

– Con nuestra casa y con papá te ocurre algo parecido, ¿verdad?

Ni siquiera Baldo supo por qué había disparado aquella pregunta. No la meditó; salió tal como llegó a sus labios.

Sonia miró a su hijo un poco sorprendida. No estaba acostumbrada a que le hiciera preguntas tan directas.

– No exactamente. Fui feliz con papá mucho tiempo, pero más tarde las cosas cambiaron. Entiéndeme, Baldo, yo no le odio, es un buen hombre, pero no somos capaces de vivir juntos, y los últimos años han sido difíciles, eso es todo. Nuestra casa me recuerda a él, y a veces no ha sido fácil seguir habitándola. Quizá cuando te marches a la universidad o a cualquier otro sitio la venda. Puede que me mude aquí.

– ¿En serio?

– No, claro que no, sólo bromeaba, pero sí he pensado en vender nuestro piso y comprar uno más pequeño. El que tenemos ahora me quedará demasiado grande cuando viva sola. Si me mudo será como empezar de nuevo.

Baldo meditó un momento.

– Bueno, pero buscarás un sitio con una habitación para mí, ¿no?

– ¡Mmmm, ya veremos! Depende de lo ajetreada que me resulte tu adolescencia...

Baldo dejó escapar un ligero bufido.

– Maldita la hora en que se me ocurrió decir nada acerca de mi adolescencia.

Sonia rió. Le pasó el brazo por los hombros y miró mar adentro, al sol que se estaba convirtiendo en un disco anaranjado. La vista se llenaba con matices templados y con las siluetas del faro y la isla, negras y rotundas. A su mente vinieron recuerdos de treinta y tres años antes, de acantilados y prados, de un viejo enigmático, de un flexo y

una máquina de escribir, y recordó la foto que había visto seis días antes, una foto que había encontrado de forma casi mágica.

La misma imagen que ahora tenía frente a ella, majestuosa.

– Ya verás, Baldo –dijo Sonia, mirando el horizonte violáceo–, Lucítera te cambiará la vida, no sé por qué pero te cambiará la vida.

Baldo no supo a qué se refería, pero prefirió callar, hundirse en sus ojos de luz y abrigarse en su sonrisa.